

fuente en medio, que llaman *de las Cuatro Estaciones*, á cuyo derredor se sientan todas las tardes las *señoretas madrileñas*, y los lacayos van sirviéndolas sendos vasos de limonada y *azucarellos*, que son unas especies de esponjas dulces, cuya fabricacion es un misterio, que guardan los confiteros de Madrid;—y entre tanto que ellas se refrescan las fauces, alternando con el aroma del *cigarito*, que todas fuman de vez en cuando, los señoritos *amorosos, dandys ó lions* de Madrid las cantan lindas *segedillas* á la guitarra, á cuyos gratos acentos no pudiendo ellas resistir, saltan de repente é improvisan una cachucha ó un bolero obligado de *castagnetas*, con lo que el baile se hace general, y así concluye el paseo todas las tardes, hasta que pasa la retreta, y todos se retiran á dormir.

Sale luégo nuestro Colon transpirenaico á recorrer las calles de noche, y nos refiere las estocadas que ha tenido que dar y recibir para abrirse paso por entre la turba de amorosos que cantaban á las ventanas de sus *dueñas*; y cómo luégo tuvo que recoger á una de éstas que se habia escapado de su casa, y la condujo á su posada, donde le contó toda su historia, que era por extremo interesante, pues la requería de amores el reverendo padre abad de San Jerónimo (la escena suponemos que pasará en 1840), y ella no le quería ni pintado, porque estaba enamorada de un príncipe ruso que por causa de su amor se habia ido á sepultar á la cartuja de Miraflores.

Habla luégo de la *Puerta del Sol*, donde dice que presenció una corrida de toros, en que murieron catorce hombres y cincuenta caballos;—recorre despues nuestros establecimientos, en los cuales no halla nada que de contar sea;—habla más adelante de las tertulias y de la *olla podrida*, con sendas variaciones sobre el *fandango* y la *mantilla*;—describe menudamente las dimensiones de la navaja

que las señoras esconden en las ligas para defenderse de los importunos, y pinta por menor la vida regalada del pueblo, que no hace más que cantar y dormir á la sombra de las palmas ó limoneros.

Por este estilo siguen, en fin, nuestros gállicos viajeros, *daguerreotipando* con igual exactitud nuestras costumbres, nuestra historia, nuestras leyes, nuestros monumentos; y despues de permanecer en España un mes y veinte dias, en los cuales visitaron el país Vascongado, las Castillas y la capital del Reino, la Mancha, las Andalucías, Valencia, Aragon y Cataluña; apreciando, como es de suponer, con igual criterio tan vasto espectáculo, y sin haberse tomado el trabajo de aprender siquiera á decir *buenos dias* en español, regresan á su país, llena la cabeza de ideas y el cartapacio de anotaciones; y al presentárseles de nuevo sus editores mandatarios, responden á cada uno con su racion correspondiente de España, ya en razonables tomos, bajo el modesto título de *Impresiones de viaje*, ya dividido en *tomas*, á guisa de folletín.

Ahora bien; si tan fácil es á nuestros vecinos pillarnos al vuelo la fisonomía; si tan cómodo y expedito es el sistema moderno viajador, ¿será cosa de callarnos nosotros siempre, sin volverles las tornas, y regresar de su país aventurado sin permitirnos siquiera un rasguño de pincel? —Cierto que para describirle como convendria á la instruccion y provecho de las gentes eran precisas todas aquellas circunstancias de que hablamos al principio; pero ya queda demostrado lo inútil de aquel añejo sistema; y así como al volver de la capital francesa nos apresuramos á importar en nuestro pueblo el cóрте más nuevo de la levita ó el último lazo del corbatin, justo será tambien, y áun conveniente, probar á entrar en la moda de los viajeros modernos franceses, de estos viajeros que ni son ar-

tistas, ni son poetas, ni son críticos, ni historiadores, ni científicos, ni economistas; pero que, sin embargo, son viajeros, y escriben muchos *viajes*, con gran provecho de las empresas de diligencias y de los fabricantes de papel.

¡Ánimo, pues, pluma tosca y desaliñada! vén luego á mi socorro, é invocando los gigantescos númenes de aquellas gentes que poseen el dón de llenar cien volúmenes de palabras sin una sola idea, permítete hacer el ensayo de este procedimiento velocífero con aplicacion á los extranjeros pueblos que conmigo visitaste;—pero, en gracia del auditorio, sea todo ello reducido homeopáticamente á las mínimas dosis de unos pocos artículos razonables con que entretener á mis lectores honradamente, y hacerles recordar, si no lo han por enojo, mi *parlante curiosidad*.

---

---

## II.

### DE MADRID Á BAYONA.

Manía de viajar.—Salida de Madrid.—La diligencia-correo.—Los viajeros.—Castilla la Vieja.—Provincias Vasas.—Recuerdos de la guerra civil.—Entrada en Francia.

Por los meses de Junio y Julio del año pasado (1840), todos los habitantes de esta heroica villa parece que se sintieron asaltados de un mismo deseo: el deseo de perderla de vista y de hacer por algunos dias un ligero paréntesis á su vida *circular*.—Cuál alegaba para ello graves negocios é intereses que llamaban su persona hácia los fértiles campos de Andalucía; cuál la intencion de ir á buscar su compañera en las floridas márgenes del Ebro; el uno improvisaba una herencia en las orillas del Segura; el otro soñaba una curacion de sus antecedentes en las graciosas playas del Cabañal valenciano.—A aquél le llamaba hácia la capital de Cataluña la accidental permanencia de la córte en ella; á éste, la curiosidad de recorrer los sitios célebres de nuestra historia contemporánea brindábale el rumbo hácia el país vascongado.—Todo se volvía ir y venir, y correr y agitarse con fervor, para terminar los preparativos que un viaje exige; las modistas y sastres afa-

mados no se daban manos para cortar trajes de amazona y levitas de fantasía; las tiendas de la calle de la Montera quedaron desprovistas de *necessaires* de viaje, cajas de pintura, guantes y petacas. Poumard y Ginesta no bastaban á confeccionar *albums* y *souvenirs*; los librereros agotaron su surtido de libros.... en blanco, y los perfumistas Fortis y Salamanca tuvieron que pedir á Carabanchel dobles remesas de jabones de Windsor y de aceite de Macasar.

Todas estas idas y venidas, todos estos dáres y tomáres, venian á convergir en el patio de la casa de diligencias, que á todas horas del día y de la noche veíase lleno de interesantes grupos de levitin y casquete, de sombrerillo y *shal*, que aguardaban palpitantes á que el reloj del Buen Suceso diese la una, las dos, las tres, todas las horas, medias y cuartos, para montar en la diligencia, y dar la vela, cuál al Oriente, cuál al Occidente; el uno al Sur, y el otro al Septentrion.—Y los restantes grupos que rodeaban á los primeros, y que por su traje *de ciudad* representaban á la fraccion quietista que quedaba condenada á vegetar en el Prado, esperando que el libro de la diligencia les señalase su turno de marchar, parecian como reprimir un movimiento de envidia, y al estrechar en sus brazos á sus amigos y amigas, no podian contener la sentida frase de «¡ Dichosos vosotros!.....»

Y á la verdad, no era de extrañar esta unánime resolucion de viajar que impulsaba á los habitantes de Madrid (de ordinario quietos é inamovibles), si se atiende á que era el primer verano en que, despues de seis años de guerra civil y de casi completa comunicacion, podian con libertad saborear el derecho de menearse (que es uno de los imprescriptibles que nos concedió la naturaleza), y querian con este motivo extender alguna cosa más su acostumbrada órbita, que se limita de un lado en Pozuelo y Villaviciosa, y por el otro abraza hasta el último Carabanchel.

Ello, en fin, fué tal por aquel entónces la necesidad de lanzarse más allá de las sierras, que apénas en los primeros dias de Julio un elegante *que se respetase* podia dar la cara en la luneta ó pasearse en el salon del Prado; y en los mismos salones del Liceo se hacía sentir la escasez de poetas, en términos que las sesiones tenian que celebrarse *sotto voce* y en la prosa más comun.

Afortunadamente para nuestra capital, los habitantes de las provincias se habian encargado de vengarla de aquel desden de sus naturales cortesanos, y animados por igual deseo de locomocion, parecian haberse dado de ojo para venir á ella y aprovechar la excelente ocasion que se les presentaba de disfrutar un verano de treinta y cuatro grados de Reaumur, á la sombra del teatro de Oriente ó de las cortinas de la Puerta del Sol.

La carrera de las provincias Vascongadas era principalmente la que por entónces llamaba la atencion, ya por más análoga á la estacion ardorosa, ya por el deseo de visitar los célebres sitios de Luchana y Mendigorria, Arlaban, Vergara, etc. — La vida *confortable* de San Sebastian, los celebrados baños de Santa Águeda, las gratas romerías de Bilbao, y sobre todo, el próximo aniversario del abrazo de Vergara, eran razones más que suficientes para determinar á la mayor parte de los viajeros madrileños hácia aquellas célebres comarcas; y con efecto, fué tal el deseo de visitarlas, que los asientos de las diligencias tenian que tomarse con un mes de anticipacion, y las más elegantes tertulias se daban cita para Cestona y Mondragon.

La silla-correo en que salí de Madrid en los primeros dias de Agosto (despues de haber esperado un mes mi turno para viajar *en posta*) pertenecia á la nueva Compañía que se ha encargado de conducir la correspondencia en esta carrera; y por la especial construccion del carrua-

je, soportaba, además del peso de dicha correspondencia, y conductor, mayoral y zagales, el no despreciable que formábamos nueve viajeros, tres en la berlina y seis en el interior.—Item más:—un décimo, que, ardiendo en deseos de refrescar sus exterioridades en los baños de Santa Águeda, había transigido con viajar al aire libre entre el mayoral y el zagal, en el asiento delantero, preparándose convenientemente al baño con un sol perpendicular de cuarenta grados.—A tal punto llegaba el deseo de lanzarse á los caminos, y á tal grado de provecho le utilizaban las empresas de carruajes públicos.

Eran las cuatro en punto de la mañana, hora no la más cómoda para dejar el blando lecho y marchar en dirección á la Casa de Correos para entregarse á la merced de las mulas y de la Direccion de Caminos.—Por fortuna, á estas horas nuestros amigos y apasionados no habían tenido por conveniente venir á decirnos *adios* y á estrujarnos á abrazos y consejos;—los únicos espectadores que teníamos en aquel instante fiero eran el comisionista de la diligencia, que estropeaba nuestros nombres á la luz de un menguado farolillo, y el centinela que paseaba delante de la puerta del Principal.—Ni perro que aullase, ni vieja que gimiese, ni dama que se desmayase, ni mano que tuviera otra que estrechar.

Los viajeros, disfrazados como de costumbre, lo mejor posible, nos contemplábamos unos á otros como calculando nuestro respectivo desarrollo, y temiendo cada cual encontrarse de pareja con el más bien favorecido por la naturaleza.—Por fortuna, los tres de la berlina pertenecíamos á la más fea mitad del género humano, y todos á este siglo (siglo que ya es sabido que no es el más propio para engordar), y podíamos, en conciencia, quedar libres de todos nuestros movimientos, y hasta de nuestras pala-

bras, vista la genial conformidad que inspiran una edad semejante, un mismo sexo y un coche comun.

Pero veo que insensiblemente voy cayendo en la moda de los viajeros contemporáneos, que no hacen gracia á sus lectores de la más mínima de las circunstancias personales de su viaje, y le persiguen hasta saturar sus oídos con aquel Yo impertinente y vanidoso, que áun en boca del mismo Cristóbal Colon llegaria á fastidiar.

Mas, á decir verdad, ¿qué podria contar aquí, que de contar fuese, tratándose de la travesía de Madrid á Buitrigo, por Alcobendas y Fuencarral, por aquellos campos silenciosos y amarillos, ante los cuales enmudeceria la misma rica y delicada lira de Zorrilla, ó el pincel fecundo y grato de Villaamil?

¿Pintaré la majestuosa salida del sol en una atmósfera pura por detras de un manso ribazo? Pero esto es clásico puro, hasta hacer dormir á todo el hospital de Zaragoza.

¿Contaré las Dorilas y Galateas que todas las mañanitas abandonan las vegas de Fuencarral para venir á vender nabos á Madrid?

¿Diré los tiernos Melibeos que, arropados en una estera ó un resto de manta vieja, se disputan un cuartillo de lo tinto en la taberna del portazgo, no al són del dulce caramo, sino al impulso de una redonda piedra ó del grueso garrote que les sirve de cayado paternal?

¿Pintaré los románticos atavíos del carretero burgalés, que asoma dormido á la boca de su galera, al lado de su fiel Melampo, que duerme tambien, y al ruido que hace nuestra silla al acercarse, entreabren ambos los ojos, sin que podamos percibir en la rápida carrera si fué el perro ó el otro el que ladró?

¿Contaré, en fin, las pintorescas vistas de San Agustin ó Cabanillas; las construcciones fósiles, los techos, paredes, cercas, sierras y semblantes, todo de un propio color

ceniciento y pedregoso; y aquel suave aroma de la aldea, que se despide de la paja y otras materias ménos nobles quemadas en el fogon, el todo armonizado con las suaves punzadas del ajo frito en aceite ó de las migas empapadas en pimenton?

Por otro lado, no sería posible que pudiera contar nada de esto, porque, en honor de la verdad, debo decir que, anudando el roto hilo de nuestro sueño, cada cual habíamos tenido por conveniente inclinar la cabeza en distinta direccion y acabar de cobrar de Morfeo (otro dios clásico del antiguo régimen) nuestra acostumbrada nocturna racion, sin dársenos un ardite ni de la venta de Pesadilla, ni del abandonado convento de la Cabrera, ni de las costumbres de los habitantes, ni de la historia del país;—y sólo caimos en la cuenta de que al subir en el coche habíamos renunciado á nuestro libre albedrío, cuando bien entrada la mañana, y el sol armado con todo el aparato volcánico que suele, observamos que el mayoral (á quien Dios no llamaba por este camino), quiero decir, que toda su vida no habia andado otro que el del arroyo Abroñigal, y por primera vez seguia este rumbo, juzgó conveniente el no seguirle derecho, sino ladearse algun tanto á uno de los bordes, que dominaba casualmente á un precipicio; y lo hizo de suerte que, á no habernos apresurado los viajeros á saltar rápidamente del coche, cuál por la puerta, cuál por la ventanilla, seguramente hubiéramos acabado de describir la curva, para la que ya teníamos mucho adelantado.—Por fin, aquel susto pasó, y los nueve ó diez viajeros pudimos reconocer nuestros bustos en pié y de cuerpo entero, á la clara luz del mediodia, con lo cual, luégo que ayudamos al mayoral á salir del ahogo, y luégo que nos convencimos de que íbamos guiados por la sana razon de las mulas, aprovechamos con gusto la ocasion que se nos ofrecia de andar una legüita á pié, al sol de

Agosto y sobre arena, hasta llegar á Buitrago, adonde contábamos despachar la inevitable tortilla ó el pollo mayor de edad.

De Buitrago á Aranda de Duero hay otras catorce leguas mortales, que tampoco ofrecen nada nuevo que contar, supuesto que no sea nuevo entre nosotros lo trabajoso de los caminos, máxime en sitios tan escabrosos como las gargantas de Somosierra, que áun en la mejor estación son ásperas y desabridas.—En Aranda, á donde llegamos á las nueve de la noche, nos aguardaba la cena en una posada, verdadero tipo de las posadas castellanas, cuya descripción, si tantas veces no estuviera ya hecha, no sería importuno hacer aquí.—Pero viajando como viajamos *en posta*, no hay por qué detenernos, sino volver á subir á la silla á las once de la noche y andar toda ella (cosa poco frecuente en los caminos de España), con la esperanza de llegar á Búrgos al amanecer, como así lo exigía el servicio del correo, y teníamos motivo para esperararlo.—Pero en esto, como en las demas cosas, vamos tomando la moda francesa, que consiste en prometer magníficamente; quiero decir, que las veinte y cuatro horas del servicio público se convirtieron por aquel viaje en treinta y dos, llegando á Búrgos á las doce del día con toda puntualidad.

Por otro lado, no puede negarse que es cosa cómoda, viajando en el correo, hacer sus paradas de hora y más á almorzar, á comer, á cenar; item más, seis horas para dormir en Vitoria, cosa que no le hubiera ocurrido al mismo Palmer, cuasi inventor de los correos en Inglaterra.—Por supuesto, que en Búrgos tuvimos lugar de visitar minuciosamente la catedral (que tampoco describo aquí, por haberlo hecho recientemente uno de los viajeros traspirenaicos de que hablábamos ántes); luégo, comer sosegadamente, y áun no sé si alguno hizo un ratito de

siesta. Pasado todo lo cual, acudimos todos á nuestro velocífero, y despues de atravesar aquella tarde el magnífico desfiladero de Pancorbo, verdadero prodigio de la naturaleza, á eso de las ocho de la noche dimos fondo en Vitoria, donde pudimos descansar, juntamente con la correspondencia, que sin duda deberia hallarse fatigada del viaje y necesaria las seis horas de reposo.

La del alba sería (como dice Cervántes) cuando el servicio público y el nuestro particular volvió á exigir de nosotros el sacrificio de abandonar el lecho. La mañana era apacible y nublada, como de ordinario acontece en el estío más allá del Ebro: cada paso que dábamos, cada sitio que descubriamos, nos traia á la memoria un recuerdo áun reciente de la pasada guerra.—Arroyabe, Ulibarri-Gamboa, Arlaban, Salinas; las verdes y pintorescas montañas de la provincia de Guipúzcoa; los blancos caseríos que las esmaltan, por decirlo así; las ferrerías, las ermitas, las aldeas en puntos de vista deliciosos; luégo, la villa de Mondragon, sentada en un paisaje suizo, con sus casas de severo aspecto, sus armas nobiliarias sobre las puertas, y sus bellos restos de antiguas construcciones.—Al apearnos un momento miéntras se mudaba el tiro, hallamos aquí una comision del Prado de Madrid, bañadores de Santa Agueda, que está á corta distancia.—Luégo, pasando rápidamente por aquellos deliciosos valles, gratas colinas, lindos caseríos, por Vergara la inmortal, Villareal, Ormaiztegui, Villafranca y otros muchos pueblos interesantes, llegamos á Tolosa á comer.—Esta linda ciudad guipuzcoana, con sus bellos edificios, sus calles tiradas á cordel, su aseo y elegancia, no puede ménos de cautivar la atencion del viajero, que por otro lado encuentra en ella una posada muy buena, á la manera de los *hôtels* franceses, y una complacencia, un esmero en el servi-

cio, que nada tiene tampoco que envidiar al de aquéllos.

Desde nuestra entrada en las provincias, los zagales y postillones que se iban sucediendo en las distintas paradas, vestidos de la blusa azul y la boina, símbolo característico del país, nos llamaban la atención por sus tallas esbeltas, su marcial franqueza, y el lenguaje incomprendible para nosotros, aunque halagüeño, con que entablaban entre sí conversacion.—Guiados por su destreza, y sin cuidarnos del mayoral andaluz, que habia abdicado sus funciones desde el pronunciamiento de Buitrago, caminábamos con toda confianza por aquellos empinados derumbaderos, por aquellos verdes valles, por sobre aquellas deliciosas colinas. Cada paso que avanzábamos, cada giro que daba el coche, se desplegaba á nuestra vista el más delicioso panorama que una imaginacion poética pudiera imaginar.—Cuando considerábamos que aquellos campos, ora apacibles y tranquilos, que aquellas colinas risueñas, que aquellos pueblecitos felices, acababan de ser teatro de todos los horrores de una guerra fratricida, parecíanos un sueño, y por tal lo tomáramos, á no hallar de vez en cuando algun caserío quemado, algun puente roto; á no saber por nuestros conductores que aquéllas que dejábamos á derecha eran las alturas de Arlaban; que más adelante teníamos en frente las famosas líneas de Hernani, y los conductores, por otro lado, no nos dejaban la menor duda, contándonos con la mayor franqueza, sin orgullo ni disimulo, que allí disputaron el paso á nuestras tropas; que aquí deshicieron la legion inglesa; que allá cortaron el camino para favorecer una retirada; que acullá quemaron ellos mismos su pueblo para que no pudiese servir de asilo al enemigo.—Todo esto dicho sin acrimonia, sin arrogancia, como una cosa natural, sencilla, y al mismo tiempo contentos con su actual posicion; el uno habiendo vuelto á labrar el campo de sus padres; el otro

conduciendo nuestra silla-correo; cuál escoltándonos á lo largo con el fusil al hombro; cuál otro cantando el *zorzico* al compas del martillo con que trabajaba en la herrería.

Siguiendo, en fin, por las empinadas cuestas del Pirineo, y pasando Astigarraga, Oyarzun y otros pueblos ménos importantes, en el momento que íbamos á dar vista á Irun, vimos rodeado nuestro coche por multitud de muchachas, que, deseándonos feliz viaje, nos lanzaban rosas y otras flores, nos alargaban al ventanillo canastos de manzanas, y nos pedían sin duda en su idioma las albricias de la ausencia.— Al anochecer, en fin, llegamos á Irun, en cuyo término corre el Bidasoa, que separa la España de la Francia. Aquí el mayoral queria dar un descanso á su fatigada imaginacion, y hacernos pasar la noche bajo el cielo patrio; pero los tres viajeros de la berlina, únicos que seguimos todavía, tomando á nuestro cargo la defensa del procomun, argüimos fuertemente que era preciso llegar con la correspondencia á Bayona aquella misma noche, y no tuvo nuestro locomotor otro recurso que volver á marchar.

Pasamos á pié el puente divisorio de los dos reinos, no sin palpitar nuestros pechos al dejar momentáneamente nuestra amada España; sufrimos en la aduana francesa el escrupuloso registro de nuestros equipajes; y aunque la noche cerró en agua, seguimos nuestro camino por San Juan de Luz y Vidart, y á eso de las doce de la noche entrábamos en la ciudad de Bayona, y buscábamos posada, sin que en más de una hora pudiéramos hallarla, por estar á la sazón todas ocupadas por los numerosos viajeros que, de paso para los baños del Pirineo, habian llegado de España y Francia á la ciudad.— Nuestro mayoral andaluz recordó entónces que se habia venido sin la hoja de viajeros (única cosa en que consistia su encargo), y que

---

se habia ido á Bayona conduciendo el correo, con la misma franqueza con que pudiera llevar en su calesa un par de manolas á los novillos de Leganés.

Si yo hubiera de seguir aquí la cartilla de los modernos viajeros franceses, parece que era llegada la ocasion de tejer una historieta galante con alguna princesa transitoria ó con alguna diosa de camino real, en que, repartiéndome graciosamente el papel de galan, al paso que diese algun interes á mi narracion, rehabilitase en la opinion de las jóvenes mi ya olvidada persona.—Ocasion era sin duda de tentar la envidia de mis compatriotas, pasándoles por delante de la vista algunas de aquellas aventuras vagas, sorprendentes y simbólicas que, al decir de los señores traspirenaicos, asaltan al extranjero luégo que salva los límites de su país natal; y esto me daria tambien pié para juzgar á mi modo y de una sola plumada, del carácter, costumbres, historia, leyes y físico aspecto del país que veia desde la noche anterior.

Pero, en Dios y en mi conciencia (y hablo aquí con la honradez propia de un hijo de Castilla), que ninguna princesa ni cosa tal nos salió al camino; que ninguno entuerto ni desaguisado se cometió con nosotros; que tampoco fuimos objeto de ningun especial agasajo; y que, en fin, entramos en la region gálica con la misma franqueza que Pedro por su casa, y lo mismo que ellos (los galos) entran cada y cuando les place por nuestra España, sin que nadie se cuide de ellos, ni princesas les cobijen, ni enanos les suenen la trompeta, ni puentes levadizos se les abajen, ni doncellas acudan á cuidar del su rocín.

---



---

---

### III.

#### BAYONA.

Objeto y tendencia de esta narracion.—Division de dos naciones.—Contrastes.—Bayona, la ciudad, su caserío, sus calles, su campiña, casas de campo, baños de Biarritz; hoteles ó fondas, y comparacion de las ciudades francesas y las españolas.—Los *hôtels franceses*.

Para desagravio de mi conciencia, y prévia inteligencia de mis lectores, paréceme del caso, ántes de entrar en materia, apuntar aquí algunas ideas que determinan el verdadero punto de vista bajo el cual desearia fuesen juzgados estos pobres borroneos, que un buen deseo, más bien que una impertinente locuacidad, me han dictado.

Y es la primera : que nunca fué mi ánimo el de formar un viaje crítico ni descriptivo, pues ni la escasez de mis medios literarios, ni la exigüidad de unos pocos artículos de periódico lo permiten; ni veo para ello una necesidad, supuesto que son tantos y tan buenos los libros que existen sobre la materia.—Segunda : que tampoco llevo la pretension al ridículo extremo de convertirme en mi propio coronista; achaque de que suelen adolecer algunos viajeros, que entienden dar al público lector tan grato

pasatiempo como á ellos les produce el recuerdo de sus propias aventuras.—Y tercera y última : que habiendo de tratar de cosas muchas veces dignas de encomio y de imitacion , injusto y áun criminal sería, en quien se precia de hombre honrado, sacrificar la verdad al fútil deseo de cautivar la risa de sus lectores; y buscar en la paleta aquellos colores que sólo guarda para combatir los objetos que crea dignos de festiva censura.

Esto supuesto, no busque el lector en estos artículos ni metódica descripcion, ni pintura artística ó literaria, ni historia propia, más ó ménos realzada con picantes anécdotas ; ni sátira amarga siempre, ni pretexto constante para hacer reir á costa de la razon.—Pues entónces, ¿á qué se reduce su contenido?—A poca cosa.—A algunas observaciones propias ; á tal cual comparacion imparcial ; á tal otra crítica templada ; á indicaciones tal vez útiles ; á episodios tal vez inconexos, y el todo reunido , á contribuir (si bien con escasas fuerzas) á pagar el obligado tributo que en todas las acciones de la vida debe cada individuo al país en que nació.

La diferencia entre dos naciones limítrofes no se marca tan absolutamente en los primeros pasos que en ellas se dan, sino que van tomando cuerpo conforme la influencia del clima, de la educacion y de las leyes van ejerciendo un influjo más inmediato.—Los pueblos colocados cerca de las fronteras participan generalmente de la misma civilizacion, del mismo cielo, muchas veces hasta de un propio lenguaje, y hé aquí la razon por que la mayor parte de los viajeros quedan desorientados cuando, al pisar por primera vez un país fronterizo, hallan en él tan poca disparidad con el que acaban de abandonar.—No basta un tratado diplomático , ni el curso de un rio, ni una cordillera de montañas para borrar el carácter de